

cias á vuestra insigne cobardía, no se encontrará en Francia dentro de poco nadie que pueda realizarlo!»

Cuando el heroísmo se extingue todo, se rehace en la llama del amor, en un corazón de mujer. Tallien respondió lacónicamente: «Sed tan prudente como yo valiente, y calmad vuestra cabeza».

Sin embargo, la suerte del combate dependía en lo exterior de la energía de los hombres que tenían que defender con un puñado de bayonetas á la Convención contra un bosque de picas y algunos cañones, y dentro, de los resultados de la próxima sesión. Para el exterior, convinieron en dar el mando á Barras, que era la espada del partido; para la sesión, resolvieron arrebatársela á Robespierre quitándole la tribuna. Combatir la palabra por la palabra era de un éxito incierto; ahogarla por el silencio era mucho más seguro. Para esto era necesario dos cosas: un presidente que fuese cómplice de sus enemigos, cual lo tenían en Collot-d'Herbois; una mayoría resuelta con anticipación á sacrificarle, que podían obtener dividiendo á la Montaña y reanimando la venganza rencorosa aún que abrigaban los amigos de Danton; separando al centro, dócil hasta entonces á la voz de Robespierre, pero dócil más por miedo que por cariño, y evocando, en fin, á todas las víctimas y todos los resentimientos, acumulándolos sobre un solo hombre. Algunos emisarios hábiles é influyentes se emplearon toda la noche en arrancar al centro las esperanzas que se obstinaba en mantener por los designios de Robespierre, y en borrar del alma de aquellos restos de la Gironda el reconocimiento que le debían por haber defendido á los sesenta y dos contra las exigencias de los comités. Tres veces fracasaron las negociaciones, y otras tantas fueron reanudadas. Sieyes, Durand-Maillane y algunos convencionales influyentes vacilaron entre los comités, que aborrecían, y un hombre que había salvado á sus sesenta y dos colegas, que los protegía á ellos mismos con su indulgencia, y cuya dictadura, después de todo, sería un abrigo más seguro que la anarquía de la Convención. Un poder que no halla oposición se modera, pero una lucha encarnizada de ambición no deja seguridad ni á los actores ni á los espectadores del combate.

Los restos de los girondinos se resignaban fácilmente á la servidumbre, con tal que fuese segura; estaban ya cansados de crisis y mucho más de cadalsos, y no pedían más que la vida. Los más intrépidos, tales como Boissy d'Anglas, esperaban la hora de la reacción para destronar á la vez la anarquía y los tiranos de los comités. Los otros votaban por el partido que les ofrecía, no la mayor influencia, sino la vida más larga. Cada uno de los dos partidos les aseguraba que era el suyo. El centro temblaba de engañarse, y no se decidió hasta el amanecer. Bourdon de l'Oise hizo ver á los jefes más antiguos girondinos que su salvación pendía de la libertad y del equilibrio de la Convención; que entregarse á un dictador tal como Robespierre era entregarse, no á un dueño, sino á un cobarde esclavo del pueblo; que aquel pueblo, que le había pedido ya las cabezas de tantos de sus colegas, le pediría seguramente las de todos; que aquel hombre no tenía más fuerza para reinar que la de los Jacobinos; que la fuerza de los Jacobinos no era más que una sed insaciable de sangre; que Robespierre no podría conservar á los Jacobinos sino dándosela todos los días; que investirle con el poder supremo era darle el cuchillo con que degollaría á todos. Bourdon tranquilizó á aquellos hombres vacilantes sobre las intenciones de los comités, y les demostró que, una vez extirpado Robespierre

de aquel grupo de decenviros sin unión, se rompería, y que los comités, desarmados, renovados, ensanchados y poblados con sus propios miembros, no serían más que la mano, y no la cuchilla de la Convención. Estos motivos decidieron, en fin, á Boissy d'Anglas, Sieyes, Durand-Maillane y á sus amigos, que juraron alianza por una hora con la Montaña.

VII

Robespierre ignoraba aquella defección de la Llanura. Contaba firmemente con aquellos hombres, hasta entonces dóciles á su palabra. «Nada esperó de la Montaña,—decía al amanecer á los amigos que le rodeaban, enumerándoles sus probabilidades de triunfo.—Ven en mí á un tirano de que se quieren librar porque quiero ser moderador; pero la mayoría de la Convención está en mi favor.» El día le sorprendió en estas ilusiones, y le vió aparecer con confianza. Los jacobinos le presagiaban y le preparaban la fortuna. Coffinhal recorrió los arrabales, y Fleuriot arengó á la municipalidad. Payan convocó á los miembros de ésta para una reunión permanente. Henriot, seguido de sus ayudantes de campo, y ya vacilante en su caballo de la embriaguez de la noche, recorrió las calles inmediatas á la casa de la ciudad, y situó algunas baterías sobre los puentes y en la plaza del Carrousel. Los diputados, fatigados por un largo insomnio, y más aún por la incertidumbre de la jornada, acudían de todas partes á sus puestos. El pueblo ocioso vagaba por las calles y las plazas, como en expectativa de un grande acontecimiento. Robespierre se hacía esperar en la Convención. En la sala corría el rumor de que, humillado en la sesión del día anterior, rehusaba el combate de tribuna, y no volvería á la Convención sino con las armas en la mano y á la cabeza de la insurrección. Su presencia y la de Saint-Just y Couthon disiparon aquellos rumores.

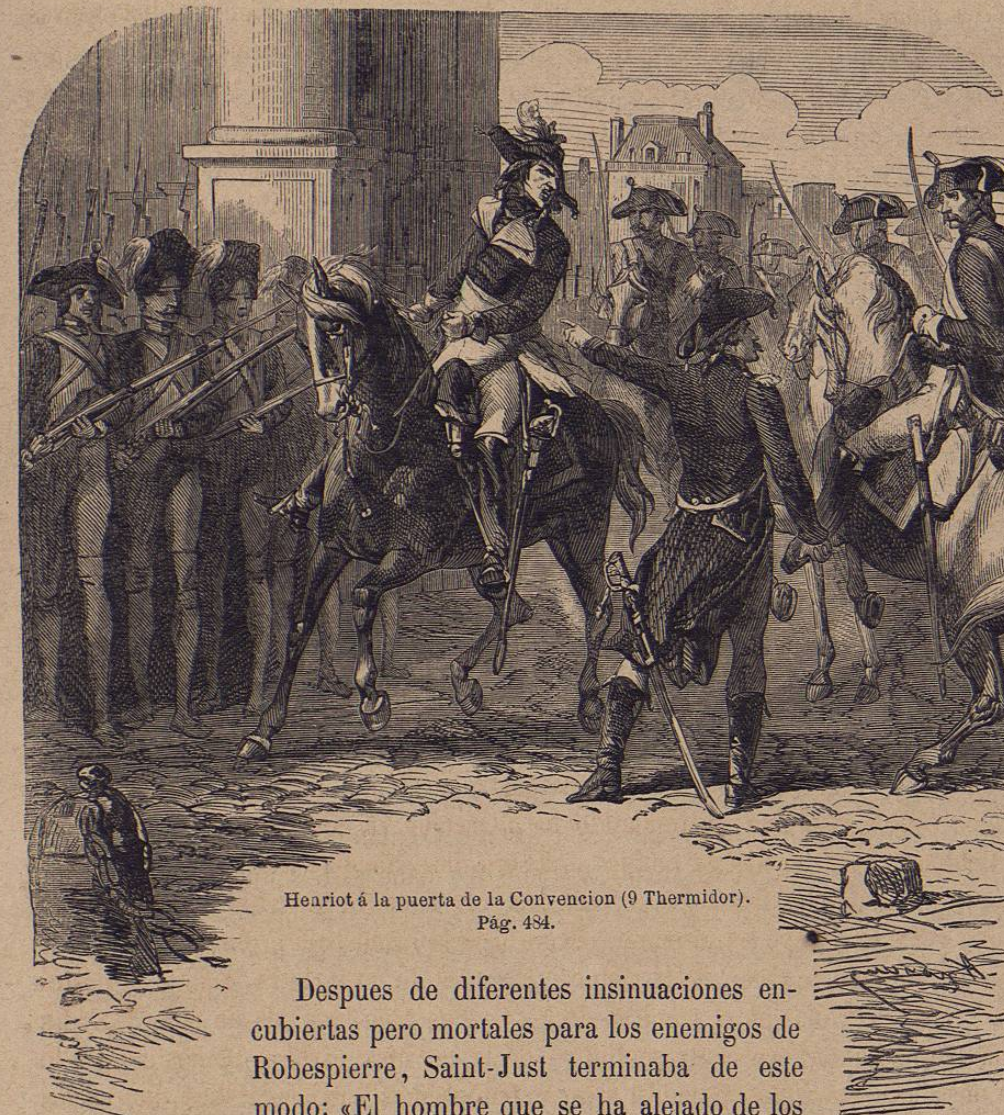
Robespierre, vestido con más esmero que de ordinario, andaba con lentitud, con actitud segura y con la frente serena. Se leía la certeza del triunfo en su modo de mirar. Se sentó sin dirigir acción ni sonrisa alrededor de sí. Couthon, Lebas, Saint-Just y Robespierre el joven expresaban con su actitud la misma resolución; tomaban ya el continente de acusados ó dueños, pero más el de colegas ó iguales. Los jefes de la Llanura llegaron los últimos, y se pasearon antes de entrar en los corredores con los jefes de la Montaña. Los hombres de aquellos dos partidos, separados hasta aquel día por un horror y por un desprecio mutuo, se dieron las manos y se hicieron señales de inteligencia. Bourdon de l'Oise, encontrando á Durand-Maillane en la galería que precedía al salón, exclamó: «¡Oh! ¡Qué valientes son los hombres del costado derecho!» Tallien se multiplicaba, dirigiéndose á todos los representantes dudosos que estaban en la sala de la Libertad, desde donde se veía la tribuna. Animaba á los unos, amedrentaba á los otros, y anunciaba que se habían combinado medidas para conseguir un próximo triunfo. Comunicaba su alma en el alma de todos; pero viendo de repente á Saint-Just pronto á tomar la palabra, dijo: «Entremos. Ved á Saint-Just en la tribuna, y es necesario acabar». Y se apresuró á ocupar su asiento.

En efecto, Saint-Just empezaba á hablar en medio de los últimos murmullos de una asamblea que se apacigua; su discurso, que la muerte arrancó de su mano,

estaba lleno de enmiendas. Se veía en las numerosas correcciones y borraduras del manuscrito que aquel discurso era producto de un pensamiento turbado, que la mano había retrocedido veinte veces, y que la reflexión había dominado al acaloramiento. La arenga de Saint-Just tenía la forma de un enigma, cuyo secreto era la muerte de los enemigos de Robespierre. El orador quería que este secreto lo adivinase la Convención. Saint-Just señalaba los celos de algunos miembros de los comités contra otro miembro como causa de la perturbación sensible que se manifestaba en los órganos del gobierno. Hablaba de los abismos en que ciertos hombres precipitaban á la república, de los peligros que iba á suscitarle su misma franqueza, del valor que le hacía despreciar aquellos mismos peligros, del poco sentimiento que tenía en perder una vida en la cual le era necesario ser el cómplice ó el testigo impasible del mal. Saint-Just se defendía de la sospecha de adular á un hombre en Robespierre, y juraba que no tomaba partido en su favor sino porque aquél era el partido de la virtud.

«Collot y Billaud—decía—hace algún tiempo toman poca parte en nuestras deliberaciones, pareciendo entregados á miras particulares. Billaud se calla, ó no habla sino bajo el imperio de sus pasiones contra los hombres cuya pérdida parece desear. Cierra los ojos y finge dormir. A esta taciturna actitud ha sucedido hace algunos días la agitación. Su última palabra parece que espira en sus labios; duda, se irrita, y vuelve en seguida sobre lo que ha dicho. Llama á uno Pisistrato cuando está ausente, y amigo suyo cuando se presenta. Se mantiene silencioso, pálido, con la vista fija, disimulando la alteración de sus facciones. La verdad no tiene este carácter ni esta política... El orgullo—añadía—es el que crea las facciones, y sólo por las facciones perecen los gobiernos. Si la virtud no se mostrara alguna vez con el rayo en la mano, sucumbiría la razón bajo la fuerza. ¡Sólo después del suplicio se reconoce la virtud! ¡Después de un siglo es cuando la posteridad vierte lágrimas en el sepulcro de los Gracos y en la senda de Sidney!... La fama es una palabra vacía de sentido,—decía en otra parte.—Demos oídos á lo que nos dicen los siglos pasados, y no entenderemos casi nada. Los que en los siglos venideros paseen entre nuestros sepulcros, tampoco oirán mucho más. Lo que es necesario hacer es el bien...

»Si no recobrais el imperio sobre las facciones, si no tomáis el poder supremo, es necesario dejar un mundo en donde la inocencia no tiene garantía en las poblaciones; será necesario huir á los desiertos para encontrar en ellos la independencia, y amigos entre los animales salvajes; será necesario dejar un país en donde no existe la energía del crimen ni la de la virtud... Cuando he vuelto del ejército no he conocido los semblantes. Las deliberaciones del comité están entregadas á dos ó tres hombres. Durante esta soledad es cuando han concebido la idea de atraerse todo el imperio. No he podido aprobar el mal, y me he explicado ante los comités. «Ciudadanos, les he dicho, veo siniestros presagios, todo se disfraza ante mis ojos; pero yo lo estudiaré todo, y todo lo que no me parezca el puro amor del pueblo y de la república tendrá mi odio.» Anuncié que si me encargaba del informe que se me quería confiar, subiría al verdadero origen. Collot y Billaud insinuaron que en este informe no era necesario hablar del Sér Supremo ni de la inmortalidad del alma. ¡Se volvía á estas ideas, encontrándolas indiscretas, avergonzándose de la Divinidad!»



Henriot á la puerta de la Convención (9 Thermidor).
Pág. 434.

Después de diferentes insinuaciones encubiertas pero mortales para los enemigos de Robespierre, Saint-Just terminaba de este modo: «El hombre que se ha alejado de los comités por los tratos más amargos, se justifica ante vosotros. No se explica en verdad muy claramente, pero su alejamiento y la amargura de su alma pueden excusar algo. Le constituyen en tirano de la opinión, y le hacen un crimen de su elocuencia. ¿Y qué exclusivo derecho tenéis sobre la opinión, vosotros que encontráis la tiranía en el arte de mover y convencer á los hombres? ¿Qué os impide disputar la estimación de la patria, vosotros que halláis malo que otro la adquiera? ¿Es un triunfo más inocente y más desinteresado? Catón habría despedido de Roma al mal ciudadano que hablase como vosotros. ¡De este modo la medianía celosa quiere conducir al genio al cadalso! ¿Habeis visto oradores bajo el cetro de los reyes? No; el silencio reina alrededor de los tronos; sólo la persuasión es el alma de las naciones libres. Sacrificad á los más elocuentes, y bien pronto llegaréis á coronar á los más envidiosos. Robespierre no se ha explicado bien ayer. Ha existido un plan para usurpar el poder sacrificando algunos miembros de los comités. Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois son los culpables. No concluyo contra los que acabo de nombrar, sino que les acuso. Deseo que se justifiquen y que seamos más prudentes».

Se ve que en este discurso se indicaba la muerte, pero no se exigía. Saint-Just,

imitando en esto á su dueño, no queria sino mostrar la cuchilla y designar las víctimas. Se referia al espanto y á la servidumbre de la Convencion para herir con el hierro á los que heria con la sospecha.

Pero Saint-Just no debía ni aún acabar esta demostracion. Apénas estaba en la tribuna y habia pronunciado algunas frases vagas, cuando Tallien, no pudiendo moderar su impaciencia, se levantó, interrumpió al orador y pidió la palabra para una cuestion de orden.

Collot-d'Herbois, que temia el ascendiente de Saint-Just sobre la Asamblea, se apresuró á conceder la palabra á Tallien. «Ciudadanos, — dijo éste, — Saint-Just acaba de decirnos que no pertenece á ninguna faccion; digo lo mismo, y por esto quiero hacer oír la verdad. En todas partes se esparce la alarma. Ayer, un miembro del gobierno se ha aislado y ha pronunciado un discurso en su nombre particular. Hoy, otro hace lo mismo. Se viene aún á agravar los males de la patria, á despedazarla y precipitarla en el abismo. ¡Pido que se rasgue el velo por completo!» Un inmenso aplauso repetido por tres veces anunció á Tallien que el odio que alimentaba rugia y estallaba en masa en el seno de la Convencion. Billaud-Varenes se levantó, más pálido y más trágico que de costumbre. «Ayer, — dijo con voz sorda é indignada, — la sociedad de los Jacobinos estaba llena de hombres apostados. ¡Se ha descubierto la intencion de degollar á la Convencion!...»

Un movimiento de horror interrumpió la denuncia de Billaud. Hizo una señal significativa con la mano hácia la Montaña. «¡Veo sobre la Montaña—exclamó—á uno de esos hombres que amenazan á los representantes del pueblo!...» «¡Prendedle! ¡prendedle!» — exclaman de todos los bancos. Los ujieres se precipitan, detienen á aquel hombre, y le sacan fuera del salon. «Ha llegado el momento de decir la verdad, — continúa despues Billaud. — Despues de lo que ha pasado, me admiro de ver á Saint-Just en la tribuna. Habia prometido mostrar á los comités su informe. La Asamblea no debe desconocer que está entre dos degüellos. ¡Si se muestra débil, perece!» «¡No, no!» — exclaman á la vez todos los miembros, agitando los sombreros por cima de sus cabezas. Las tribunas, arrastradas por aquel movimiento, responden con los gritos de *¡Viva la Convencion! ¡Viva el comité de salud pública!* «Tambien pido — siguió Billaud — que todos los miembros se expliquen en esta sesion. Hay más fuerza cuando se tiene la justicia, la probidad y los derechos del pueblo por su parte. Os estremecereis de horror cuando sepais la situacion en que os encontrais, cuando sepais que la fuerza armada está confiada á manos parricidas, que Henriot ha sido denunciado al comité como cómplice de los conspiradores. Os horrorizareis cuando sepais que aquí hay un hombre (al decir esto lanzó una mirada oblicua á Robespierre) que cuando se iba á determinar el envío de los representantes del pueblo á los departamentos, no encontró en la lista que se le presentó veinte miembros de la Convencion que le pareciesen dignos de esta mision.» Un movimiento de orgullo lastimado se manifestó entónces en todos los bancos en donde se sentaban los representantes que fueron llamados. «Cuando Robespierre os ha dicho que se habia alejado del comité porque estaba oprimido, — continuó Billaud, — tuvo buen cuidado de ocultaros la verdad. No os dijo que fué porque despues de haber dominado solo durante seis meses al comité, habia encontrado resistencia en el momento en que quiso hacer adoptar el decreto de 22 Prairial, decreto que, en las manos impuras que él habia escogido, podia

ser funesto á los patriotas...» La indignacion y el terror, comprimidos hasta entónces, estallaron é interrumpieron á Billaud. «Sí, sabedlo, — prosiguió, — que el presidente del tribunal revolucionario ha propuesto ayer en los Jacobinos expulsar de la Convencion á los miembros que se debe sacrificar. Pero el pueblo está ahí.» «¡Sí, sí! — repitieron las tribunas, preparadas por Tallien. — ¡Los patriotas sabrán morir para salvar la Representacion!» Nuevos aplausos interrumpieron la palabra en los labios del orador. «Lo repito, — repuso Billaud-Varenes, — sabrémos morir. ¡No hay un solo representante que quiera vivir bajo la dominacion de un tirano!» «¡No, no! ¡Mueran los tiranos!» — respondió un clamor unánime. Billaud continuó: «Los hombres que sin cesar hablan de justicia y de virtud son los que las pisotean. He pedido la prision de un secretario del comité de salud pública que habia robado á la nacion, y sólo Robespierre le ha protegido». El pueblo de las tribunas pateaba de indignacion contra el pretendido protector del robo. «¡Y somos nosotros á quienes se acusa!» — exclamó Billaud con voz dolorida. — ¡Qué! Los hombres que viven aislados, que no conocen á nadie, que pasan los dias y las noches en el comité, que organizan la victoria (todas las miradas se dirigen al íntegro y laborioso Carnot), ¿estos hombres serán conspiradores? Y los que no han abandonado á Hebert si no cuando ya no les fué posible favorecerle, ¿serán los hombres virtuosos?» La Llanura se indignó á su vez. «Cuando denuncié la primera vez á Danton en el comité, — añadió el orador, — Robespierre se levantó furioso, diciendo que yo queria perder á los mejores patriotas.» La Montaña y los antiguos amigos de Danton se aturdieron de la revelacion que disculpaba á Robespierre por boca de su acusador. «¡Pero teneis un abismo bajo vuestros piés!» — siguió Billaud. — ¡Es necesario, ó llenarle con vuestros cadáveres, ó precipitar en él á los traidores!» Los aplausos se repitieron con más unanimidad, y acompañaron á Billaud-Varenes hasta su asiento.

Robespierre se lanzó entónces, pálido y convulso, á la tribuna, en donde su inviolabilidad acababa de hundirse. «¡Muera el tirano!» — vociferó la Montaña. Aquellos gritos, que redoblaban á cada movimiento de los labios de Robespierre, ahogaron enteramente su voz. Tallien saltó á la tribuna, separó con los codos á Robespierre, y habló en medio de un silencio que favoreció la generalidad.

«He pedido que se descorriese el velo, — dijo Tallien, — y al fin se ha descorrido; los conspiradores están descubiertos y serán anonadados, y la libertad triunfará...» «Sí, sí, ya triunfa, acabad su triunfo», — le respondieron los montañeses. «Todo presagia — prosiguió Tallien — que el enemigo de la Representacion nacional va á caer bajo sus golpes. Hasta ahora me he impuesto silencio, porque sabia por un hombre próximo al tirano que habia hecho una lista de proscripcion; pero he asistido ayer á la sesion de los Jacobinos, y he visto y oído, y temblado por la patria. ¡He visto formarse el ejército del nuevo Cromwell, y me he armado con un puñal para atravesarle el corazon, si la Convencion nacional no tenia valor para decretar su acusacion!...»

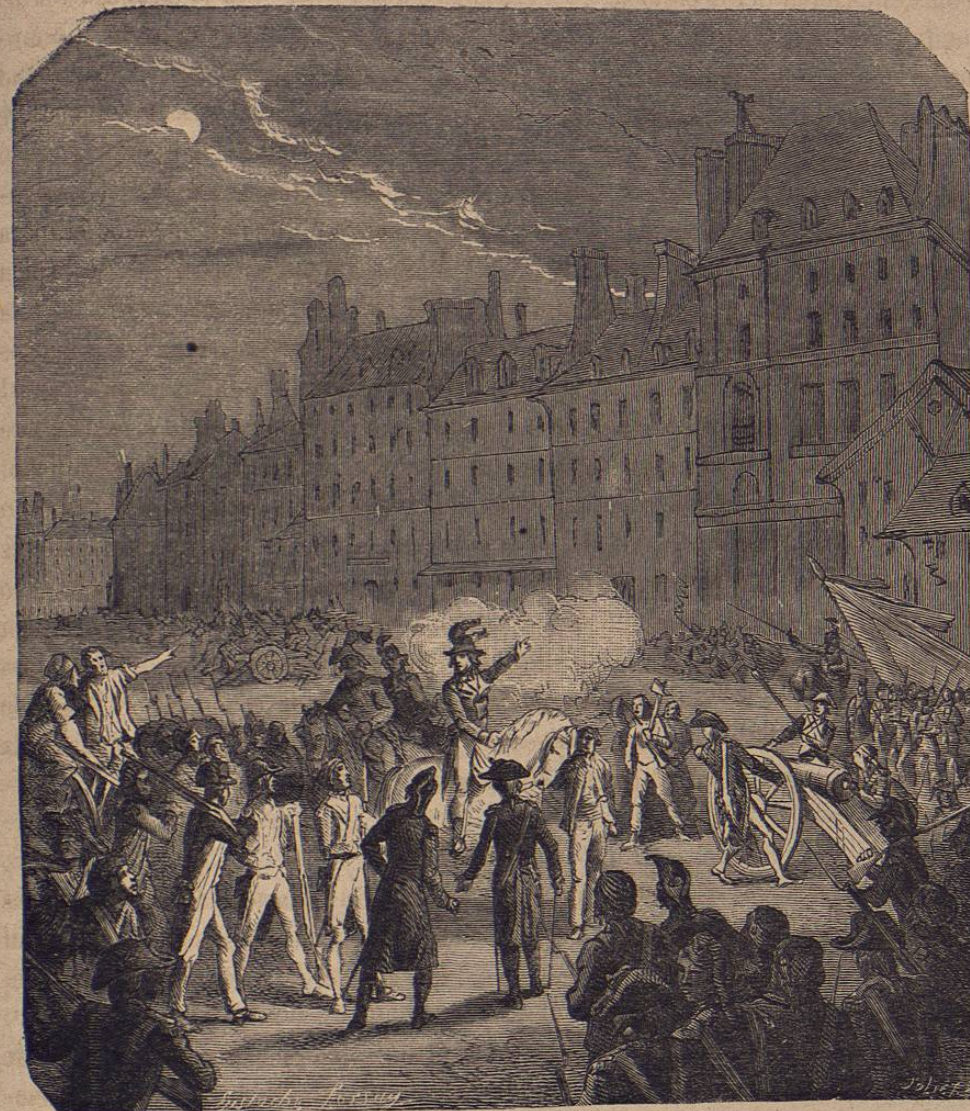
Al decir esto, Tallien sacó de debajo de su casaca un puñal desnudo, prenda de libertad ó de venganza dada por la mujer á quien amaba. Blandió el puñal sobre el pecho de Robespierre, que se hizo atras sin abandonar la tribuna á su enemigo. Esta accion y el movimiento desesperado de Tallien comunicó su intrepidez á los más irresolutos. Todos conócieron que la cuchilla, una vez sacada, no volveria á la vaina sino teñida en la sangre de Robespierre ó en la suya propia.

«Pero nosotros los republicanos,—continuó Tallien con voz más tranquila,—acusamos al tirano con la lealtad del valor ante el pueblo francés. No, no esperen los partidarios del hombre que acuso otro 31 de Mayo ni otras proscripciones. ¡La justicia nacional sólo descargará sobre los malvados!...» Todo el salón se asoció por sus aplausos al voto de venganza y clemencia de Tallien. «Pido la prision de Henriot para que la fuerza armada no se extravie por sus jefes. En seguida pedirémos el exámen del decreto de 22 Prairial, acordado sólo por la proposicion del hombre que nos ocupa.» Los labios de Tallien parecia que repugnaban pronunciar el nombre de Robespierre. La Llanura aplaudió á la perspectiva de seguridad devuelta á la Convencion. «No somos moderados,—prosiguió Tallien dirigiéndose á la Montaña, que aplaudió esta seguridad,—pero queremos que la inocencia no sea oprimida...» El centro se conmovió y palmoteó á esta promesa de humanidad. Todos los partidos se confundieron con la voz de Tallien en el odio y en una esperanza comun. «Ayer,—prosiguió para concluir con su enemigo,—ayer se han atrevido á ultrajar á un representante del pueblo que se mantuvo siempre en la brecha de la revolucion. ¡Que se despierten todos los patriotas! ¡Llamo á todos los amigos de la libertad, á todos los jacobinos, á todos los periodistas republicanos! ¡Que concurren con nosotros para salvar la libertad!... Han dirigido la vista sobre mí; yo habria llevado mi cabeza al cadalso con valor, porque me hubiera dicho: «¡Dia vendrá en que mis cenizas se recogerán con los honores que se deben á un patriota sacrificado por un tirano!» El hombre que está á mi lado en la tribuna es un nuevo Catilina, los que le rodean son otros Verres. No se dirá que me entiendo con los miembros de los comités, porque no los conozco. Desde que concluí mi comision, he estado agobiado de disgustos. Robespierre queria aislarnos y atacarnos sucesivamente, á fin de quedar solo con sus hombres crapulosos y llenos de vicios. Pido que se decrete la permanencia de la sesion hasta que la cuchilla de la ley haya asegurado á la república y herido á sus criaturas.»

VIII

Las proposiciones de Tallien fueron votadas por aclamacion. Billaud-Varennes añadió á la lista de las prisiones decretadas á Dumas, vicepresidente del tribunal revolucionario. Delmas añadió á todo el estado mayor de Henriot. Robespierre, en fin, quiso hablar; nuevos gritos de *¡Muera el tirano!* impidieron su palabra. Muchas voces llamaron á Barere á la tribuna. Este subió en nombre del comité de salud pública. La noche y los síntomas de victoria habian cambiado sus convicciones; friamente aniquiló á Robespierre, á quien sostenia el dia anterior. «Quieren—dijo—producir movimientos en el pueblo, quieren apoderarse del poder nacional á favor de una crisis preparada. Sólo los comités son la egida, el asilo del gobierno. Entre tanto que refutamos los hechos enunciados por Robespierre, hemos propuesto las medidas que reclama la tranquilidad pública: estas medidas son la supresion del mando de la fuerza armada y de su estado mayor.» Barere propuso que se anunciassen estas medidas al pueblo por medio de una proclama. «Ciudadanos,—decia,—la libertad se pierde si ponemos en balanza algunos hombres y la patria. Al gobierno revolucionario le atacan en medio de nosotros. Si no os reunis á la Representacion nacional, el pueblo francés será víctima de las venganzas de los tiranos.» La opinion de un hombre como Barere, que no abandonaba sino á los

débiles, decidió á los más indecisos. Todos los que no sentian el horror de la dominacion de Robespierre, le fingieron. La proclama al pueblo se adoptó, y Robespierre se sonrió de piedad. Permaneció en la tribuna, como si nada fuese desesperado en su fortuna y como si aquella tempestad no le hubiese precipitado. Unido á la balaustrada, con los brazos cruzados y los labios contraidos, los músculos de las mejillas palpitantes, dirigiendo los ojos tan pronto á la Montaña como á la



Los thermidorianos arengan á las secciones.—Pág. 488.

Llanura, se veia que su fisonomía pasaba de la impaciencia á la resignacion, de la cólera al desprecio. Víctima abatida, pero no inmolada aún, podia levantarse y recobrar el ascendiente sobre sus enemigos. Miraba con frecuencia á la entrada del salón, y parecia escuchar fuera la voz ó el paso del pueblo para socorrerle.

El anciano Vadier, presidente del comité de seguridad general, por mucho tiempo amigo y ahora el más encarnizado de los enemigos de Robespierre, á quien codeó al subir á la tribuna, sucedió á Barere. «Hasta el 22 Prairial—dijo Vadier—no habia abierto los ojos sobre este personaje astuto que ha sabido tomar todos los disfraces, y que cuando no ha podido salvar á sus criaturas, las ha enviado á